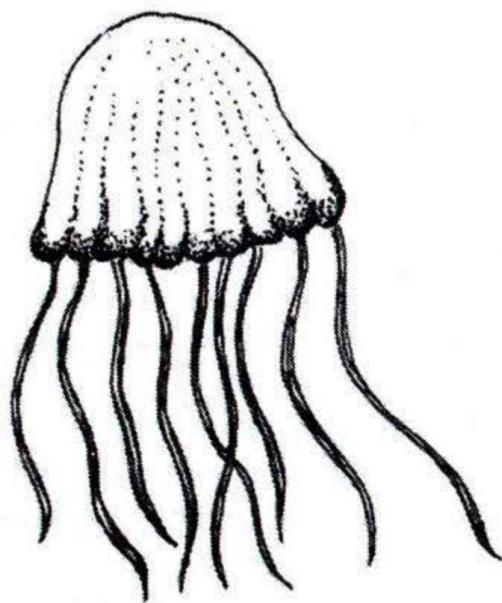


lo conversacional. Combinan, de manera equilibrada, gusto sin lirismos inocuos, interpretación sin mostrar demasiado el aparato metodológico, y criterio, sin juicios cerrados, pues convidan a la lectura o relectura sin la obsesión de querer matar al padre creador (autor). Así mismo, los ensayos de Cristo Figueroa, Luz Mery Giraldo, Jacques Gilard y Óscar Torres animan la lectura o relectura de Rodrigo Parra Sandoval, Fanny Buitrago, Óscar Collazos y Rafael-Humberto Moreno Durán, respectivamente. Otros autores continúan independientemente de sus críticos. Otros críticos frenan el impulso (James Aistrum).



Tanto la narrativa colombiana como su crítica literaria gozan de buena salud. Esta última escucha la voz de los autores, sus cambios de tono y búsqueda; la mayoría manifiesta la madurez de quienes saben percibir el diálogo entre prosa y poesía, los acercamientos entre el ensayo y la ficción, la amalgama temática y sus recursos expresivos. Podremos no estar de acuerdo con la orquesta, pero la mayor parte de los instrumentos están bien afinados, aún an intelecto y pasión, sin desbordarse ni anonadarse. Si la nueva imaginación de la narrativa colombiana busca un lugar en la memoria de la cultura, ello revela, no tanto un signo de psicología torturada, sino cómo hacer imágenes memorables en medio de la desesperanza. No hay en este libro una relación entre amo (novelista) y esclavo (crítico), que exprese loa o censura. Incluso de admitirse tal vínculo, tomemos en cuenta que "mientras no se duda del amo, no

sucede nada. Cuando el esclavo ha sonreído comienza el duelo de la historia" (Reyes) —complementemos—, el duelo de la historia crítica de la literatura colombiana.

ADOLFO CAICEDO PALACIOS

Le faltó

Paso a paso

Irene Vasco

Carlos Valencia Editores, Santafé de Bogotá, 1995, 62 págs.

Este relato para adolescentes, o quizá para niños y hasta para adultos que deseen repasar lo que hoy en día es uno de los aspectos más dolorosos de la "realidad nacional", y escrito por Irene Vasco, autora de otros libros infantiles e interesada en despertar entre las gentes jóvenes la afición por la literatura, pretende, a través de la escritura en primera persona, enseñar lo que le ocurre a una familia marcada por el secuestro.

Las escenas del libro, demasiado escuetas como para darle una dimensión de mayor profundidad a la tragedia que indudablemente viven la madre, la abuela y los hermanos de la narradora, se suceden unas a otras en un tiempo lineal y angustiado, que corre, sin que los personajes puedan adivinarlo, hacia el olvido, reflejando los pensamientos de una quinceañera, quien, sin previo aviso, se enfrenta una mañana con la violencia representada en un puñado de campesinos sucios, armados con fusiles o ametralladoras —nunca pudo reconocerlas—, y que irrumpen en el plácido escenario de la finca para llevarse a su papá. Allí no habrá ni una despedida, ni un abrazo que vuelva a manifestar el amor.

El libro enfrenta también el mundo de los adultos con el de los niños y los jóvenes: el padre, Enrique, a quien la esposa comienza a mencionar por su nombre a medida que el tiempo pasa, adquiere características de héroe al hacer lo que casi nadie: prohibir que se pague por su rescate. Condena a muer-

te asumida y firmada voluntariamente, teniendo en cuenta que está enfermo y que por ello mismo le será difícil resistir durante mucho tiempo las duras condiciones de un cautiverio.

Varios son los temas que se esbozan apenas, pues la brevedad del relato no permite otra cosa. El destino, esa fatalidad que a la manera de una ruleta rusa ha querido que sea don Enrique, quien jamás estuvo amenazado y del que no se sabía que tuviera enemigos, el que caiga en manos de los traficantes de seres humanos. Está también este otro tema común en la literatura, el de la inocencia perdida; la de los niños, víctimas de su propia pérdida y de la inclemente curiosidad de sus compañeros en el colegio. La de las adolescentes, Patricia y Catalina, enfrentadas a sus culpas, a los odios y fantasmas que van naciendo en su propio mundo interior. La de la madre, quien, sin confesarlo, irá descubriendo a través de la ausencia lo que para su vida significaba la presencia de un esposo a quien creía amar. También se perfila el tema de la rivalidad de las hermanas que, de tanto ser comparadas, terminan por ver en las cualidades que a cada una le faltan, en los defectos de la otra, su propia imagen, pero al revés, como en un espejo. Y como si fuera poco, estas sesenta páginas dan cabida al tema del amor, que es apenas una insinuación, una esperanza.

Es notable la claridad del relato, que entrelaza un lenguaje cotidiano y sin rebuscamientos con las frases cortas que llevan el ritmo propio de la narración. Al comienzo no se sabe si la voz que cuenta es la de una niña pequeña, la de una adolescente, como realmente ocurre, o de una mujer adulta.

Llama la atención el conocimiento que tienen los niños sobre la violencia: por sus mentes atraviesan imágenes de secuestrados, siempre el padre de alguien, hombres encarcelados durante meses en la oscuridad, interrogatorios sin fin, torturas que corroboran aquella otra, real, pues no ha ocurrido en la televisión, de los campesinos armados, del soldadito que los acompaña de regreso a la ciudad con una ametralladora que apunta al techo del carro y, sobre él, al cielo. En este momento la posición de la autora se hace difusa y

uno no sabe si el libro pretende denunciar, o simplemente recrear la perplejidad, la debilidad y la entereza de una niña de quince años que cuenta cómo les cambió a todos la vida después de esa mañana en la finca.

Otras formas de violencia se manifiestan también: la de la prensa, indiferente al dolor de la familia, capaz de tejer historias alrededor de la historia real para complacer a un público ávido; la del establecimiento, que, incapaz de proteger a nadie, se muestra también incapaz de un rescate o de una respuesta a la incertidumbre. La de la fiesta que se organiza alrededor de un suceso infausto, la curiosidad de las amigas de la madre que acuden a consolarla y ordenan vasos de agua, tazas de café, secretamente felices porque, al menos por esta vez, la fatalidad ha elegido a otros.

Y en medio de tanto alboroto, del teléfono que al comienzo puede traer una esperanza y que al dejar de sonar creará la desesperanza y finalmente la aceptación, llega Manuel, el profesor de los niños. ¿Imagen del padre? En todo caso imagen de lo sensato, de la esperanza, de la buena fe y el desinterés. No es raro, entonces, que Patricia se enamore de él.

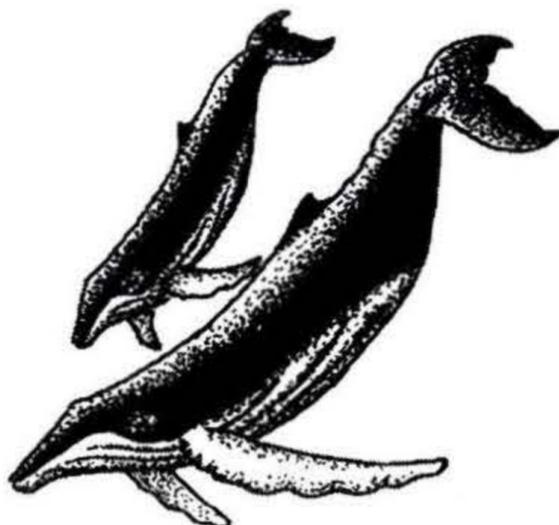
El mayor logro del relato está en la forma como se insinúa el cambio de conciencia que sufren los cuatro niños. Los miedos infantiles desaparecen. El diablo, las brujas y los fantasmas, dan paso a otros temores, no menos reales pero sí más concretos. El miedo a lo desconocido, al futuro, a la orfandad. A medida que la esperanza desaparece, la narradora y sus hermanos van ganando en sabiduría, en conocimiento y profundidad.

Finalmente no queda sino recuperar al padre a través de sus cosas.

Los documentos guardados en el estudio son el último vínculo con la madre, los libros con la menor de las hermanas, la fuerte, la que nunca llora. La música le recuerda a Patricia los domingos, cuando su padre se quedaba en casa para escuchar ópera, sin hacer caso a las protestas de sus hijos.

El tiempo, esos interminables dos años que tan rápidamente pasan en el relato, va borrando el dolor. La fuerza de las acciones realizadas día a día en ausencia del padre, se impone. Dos años

han bastado para que la esperanza abra paso a la desesperanza, y ésta a su vez a la aceptación, a la vida.



El zumbido de la batidora que mezcla los ingredientes para la torta de cumpleaños de Catalina es el símbolo de ese olvido y esa aceptación. Tal vez nunca se vaya a saber cómo ni cuándo murió su padre. La única que todavía reza por él es la abuela. Y hasta se puede aceptar lo que antes habría sido imposible. La madre parece más contenta sin su marido. Ahora vive su vida, puede engordar, ha dejado de ser una esclava de la belleza, y hasta se da el lujo de pensar en sí misma. Por eso tal vez el timbre que suena sin que el lector sepa nunca quién es, deja un final abierto aunque no muy original.

El relato contiene todos los elementos necesarios para conformar una buena novela. Con un poco más de tiempo y de paciencia se habría logrado.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

El dolor que significa crecer

El terror de sexto B

Yolanda Reyes

Alfaguara, Santafé de Bogotá, 1995, 78 págs.

Yolanda Reyes, profesora que enseña literatura a niños y grandes y a quien todavía desvelan pesadillas comunes a muchos de nosotros, como aquella tan

terrible del inminente examen de matemáticas para el cual no se tiene ninguna preparación y se desconocen todas las respuestas, escribe un librito de ocho cuentos en los que, de alguna manera, se pretende romper con esa mirada llena de olvidos y lugares comunes con que los adultos recomiendan a sus hijos el colegio, como si realmente fuera "la época más feliz de la vida", "el mejor de los tiempos", corroborando aquel adagio popular que asegura que todo tiempo pasado fue mejor.

El tono confidencial y un lenguaje en el que se escucha la voz del adulto que aún conserva algo del candor juvenil, harán de este un libro aceptado por los lectores jóvenes. Sus frases ordenadas y nítidas interesarán a la imaginación de quienes seguramente van a identificarse, en un ambiguo juego de complicidades y distancias, con una persona mayor que decide contar las cosas tal como son, derribando los viejos clichés que, a decir verdad, son sólo eso, al menos para los estudiantes, que seguramente lo saben mejor que sus propios padres.

Se recurre entonces a pequeñas historias que ilustran algunos momentos por los cuales han pasado los estudiantes de todos los tiempos. Aquí radica el valor del relato, pues son estas historias las que tienen el poder de hacer sonreír, o quizá padecer, en una momentánea identificación con alguno de los jóvenes narradores.

El que se acuda a múltiples voces logra que las páginas de este libro parezcan muchas más. Distintas miradas convergen cada una en sentimiento, en un problema específico. El héroe, o al menos el personaje más cuidado por la autora, parece ser el "terror de sexto B", un niño a quien sin duda los educadores de hoy llamarían hiperactivo y que sólo en ocho páginas se dibuja como un ser imaginativo, siempre en problemas, alguien que se ha dejado agobiar con la pesada carga de ser el más necio de la clase. Aquel que puede humillar a sus profesores, sin mala intención, por supuesto, con el único fin de distraerse y divertir a sus compañeros. Su creatividad para recrear lo llevará un día demasiado lejos, motivo por el cual arrastrará, quizá para siempre, el amargo sabor de la culpa.